

El educador de la fe del preadolescente

GUZMÁN MARTÍN ESCRIBANO

«El educador puede caer en la tentación de considerar a los preadolescente como niños, y es de temer que no sepa captar su atención; o también puede considerarlos como adolescentes, poniéndoles, en este caso, temas de trabajo y métodos, que suponen una madurez de personalidad y de experiencia todavía no adquiridos por ellos.»
(DGC, n.º 83)

I. EL EDUCADOR EN LA FE CUMPLE UNA MISIÓN

El educador en la fe cumple una misión concreta: anunciar a Jesús Resucitado y el plan salvador de Dios para todos los hombres. Es, pues, portavoz de un mensaje de Dios para los hombres.

La presencia del educador en la fe en el grupo de preadolescentes ha de ser una invitación a cada uno para que, desde su situación personal, descubra y se comprometa de forma personal en la maduración de su fe y en la incorporación a la comunidad cristiana.

1. Fidelidad a Dios y al grupo

La presencia en el grupo suele provocar en el catequista una tensión que es fuente de dificultades y dudas, de inquietudes e incoherencias en la práctica de su tarea catequética.

El educador en fe debe hacer presente el Mensaje que viene de Dios y ponerlo fielmente, aunque adaptado, ante aquellos a quienes se dirige. Ser fiel no quiere decir inmovilismo.

«El catequista actuará, compartirá su fe eclesial, aprenderá y se dejará transformar, sin que por ello pierda nunca fuerza la pureza del Evangelio que anuncia» (1).

El catequista debe ser fiel al grupo. Su presencia es la del que acoge, escucha todo lo que dicen y hacen los preadolescentes, la del amigo que valora sus descubrimientos, aunque sean incompletos y ambiguos.

Ser fiel al grupo exige tomar en serio sus experiencias de vida, intentar llegar al preadolescente concreto y total, con sus interrogantes, rechazos, luchas. Ser fiel supone respetar la libertad del preadolescente y las etapas por las que atraviesa su vida y su fe.

Ser fiel al grupo pide respeto con todas las opiniones de los componentes del grupo; supone evitar la actitud de juez.

«Los mismos fallos, los cansancios y desilusiones serán vistos por el catequista como pasos que dentro del proceso son necesarios para el avance» (2).

Asumir en la fe es aceptar el papel de educador, de un *auténtico educador* del grupo de preadolescente, con cuanto significa en todos los sentidos.

2. La actitud del educador en la fe: ¿espontaneidad o directividad?

Uno de los aspectos claves en el proceso de maduración en la fe, a nivel de preadolescentes, es, sin duda, la *forma de actuar del educador*, su actitud en el grupo, su manera de estar y de relacionarse, su modo de presentar el mensaje.

En el educador se establece una tensión alrededor de dos posturas antagónicas: «dejar hacer» y «directividad».

(1) VARIOS: *Con vosotros está*, o. c., p. 478.

(2) *Ibidem*, p. 478.

«Entre el *dejar hacer* y el autoritarismo, ¿qué postura pedagógica tomar? ¿Dónde situarse? ¿Cuál es el estilo de relación propio de la catequesis? (3).

En catequesis, la actitud pedagógica no es la del simple «dejar hacer» a los preadolescentes a su capricho. Favorecer la expresión individual y grupal lo más posible quiere decir un ambiente de confianza y libertad. De aquí el esfuerzo para que cada miembro encuentre su puesto, donde se sienta reconocido y aceptado, donde pueda participar conforme a sus posibilidades; será necesario desarrollar un clima que favorezca e invite a la creatividad personal,

En educación en la fe se precisa caminar con rumbo y objetivos claros. La actitud del «dejar hacer», de la pura espontaneidad, sería un peligro para el equilibrio psíquico de los participantes y un riesgo para la maduración de las actitudes cristianas fundamentales.

«En una etapa en que una de las finalidades es llegar a elaborar una síntesis de fe adaptada a su nivel, caminar sin objetivos claros, llevaría a un quehacer anárquico que impediría al grupo lograr una visión global del Mensaje de la fe» (4).

La *actitud directiva* provoca un tipo de relación donde todo está pensado, hecho y dirigido por el educador y la opinión del grupo no cuenta para nada. Se busca la excesiva sumisión. Esta actitud no educa y con el tiempo el preadolescente se la quitará de encima con resentimiento.

Es difícil mantenerse en el punto ideal. El educador conservará su *autoridad*, consistente en una especial manera de estar en el grupo. Esta autoridad le hará capaz de proponer con claridad los objetivos a alcanzar, los temas a desarrollar y los métodos de trabajo más adecuados.

«El catequista educador, con una presencia acogedora y comprensiva, libre de autoritarismo, puede invitar y sugerir a los muchachos y muchachas a recorrer determinados caminos como medios verdaderamente forjadores de libertad, y puede también expresar proyectos y formulaciones con precisión y seguridad» (5).

Los preadolescentes quieren claridad en los planes de trabajo y en los programas a desarrollar. Esto no significa que las propuestas y los proyectos se les den como definitivos e irrevocables. Ellos quieren y deben opinar y así reelaborarlo todos juntos, educador y grupo. De esta manera se respetan las necesidades propias del momento evolutivo en el que, a la necesidad de una seguridad real para comenzar a construir,

(3) *Ibidem*, p. 478.

(4) *Ibidem*, p. 479.

(5) *Ibidem*, p. 480.

se une la necesidad de ser y sentirse miembro activo, verdadero protagonista de la educación con que se va desarrollando su personalidad.

Quien aspira a ser un *verdadero educador en la fe* ha de actuar como *animador del grupo preadolescente*.

3. Un nuevo estilo de relación

El educador en la fe, libre de las tentaciones «dejar hacer» y «dirigismo», tendrá que ensayar un *nuevo estilo de relación, una actitud* que sea:

«creadora de comunidad, que suscita las voluntades de todos los miembros del grupo catecumenal, para realizar un trabajo en común, dentro de una convivencia libremente aceptada» (6).

Esto no es un capricho ni una moda; la razón es más sencilla y profunda: la persona se construye *en la relación* y la fe madura en un *clima comunitario* auténtico.

Que los preadolescente reciban el Mensaje como algo valioso y estimable o lo rechacen como algo impuesto y sin validez depende, en gran medida, de la relación educador-grupo. Esta relación abarca la relación del animador con cada miembro dentro del grupo y con el grupo. Ha de ser una relación de calidad. Facilita el logro de esta relación:

- La superación de todo tipo de *dependencia infantil* en las relaciones; llegar a una relación de dependencia propia del adulto;
- el *establecimiento*, por parte del educador, de una *relación liberadora* (consigo mismo y con los demás).

a) *Superación de dependencias infantiles*

Los miembros del grupo se mueven entre formas de relación infantiles y otras más maduras. El educador sabrá descubrirlas y ayudar a superarlas. Esto supone que el mismo educador en la fe cambie actitudes personales que favorecen la dependencia. No es fácil.

La señal de esta dependencia infantil es la excesiva identificación del preadolescente con el educador, que se convierte en el *ídolo*, que lo sabe todo, que lo puede todo, que lo decide todo y lo concreta todo (y esto halaga)

(6) *Ibidem*, p. 480.

«Como consecuencia los muchachos y muchachas no se hacen con *su propio yo*, no se lo *apropian*, no se van haciendo cada vez más *ellos mismos*; por el contrario, se despersonalizan, continúan siendo niños; incapaces de *dar y relacionarse* con los otros, siendo a la vez ellos mismos» (7).

Esta dependencia infantil es provocada por una *postura dogmática y autoritaria*, por una *actitud cautivadora* que emplea *la sugestión*, por la *excesiva ternura* del adulto. En todos los casos, la postura del educador viene motivada por el deseo, consciente o inconsciente, de *poseer al otro y moldearlo* a su «imagen y semejanza», de hacer con él lo que él no pudo ser.

«La consecuencia es, en todos los casos, la misma: impedir al preadolescente ser una *persona: distinta, diferente, con una originalidad propia, con una peculiar manera de ver las cosas*» (8).

Caer en esta tentación es hacer niños infantilmente dependientes en el momento en que hay signos de independencia, de capacidad para dar y recibir, de aceptación de los demás como son, de verlos como diferentes, de relacionarse con ellos sin perder la *propia identidad*. El educador en la fe no puede olvidar que el preadolescente intuye y busca un tipo de relación de *carácter más adulto*.

El educador dará respuesta al preadolescente si, por una parte, *aprende a desaparecer*, a la vez que *continúa presente y cercano* al grupo y a cada preadolescente y, por otra, *acepta y hasta procura* que en el grupo haya un pluralismo de «modelos de identificación», que ayuden a cada uno a construir su propia personalidad. Es un reto. Hay que conocerlo y salvarlo positivamente, aunque produzca dolor. Catequistas inmaduros afectivamente se quedan aquí humanamente con la mejor buena voluntad.

La *superación de dependencias infantiles* es condición indispensable para la *maduración del preadolescente como hombre y como creyente*.

«El catequista sabe todo lo que afecta a la persona humana y a su realización como tal, está dentro del plan de Dios salvador y que, por tanto, la acción de Cristo Resucitado y de su Espíritu trabaja a todo hombre en esta autorrealización» (9).

La pedagogía de Dios, ya lo hemos visto antes, *respeto la libertad del hombre*: «Si quieres...». Dios estableció con su Pueblo unas relaciones de Alianza, de amistad, de respeto de su libertad; siempre estuvo dis-

(7) *Ibidem*, p. 481.

(8) *Ibidem*, p. 481-482.

(9) *Ibidem*, p. 482.

puesto a acoger y a estimular, olvidando todo, a cumplir la *vocación personal* (Moisés, Abraham).

La pedagogía de Jesús fue el signo más claro de la usada por el Padre. Jesús convive como un amigo que comparte su vida; alienta en los momentos de vacilación; reprende cuando descubre criterios y comportamientos impropios, pero respeta el proceso de crecimiento personal en la fe (Lc 24, 13-15). Jesús nunca avasalla la propia personalidad de creyentes. Jesús resucitado se distancia, aunque siempre estará atento y se hará presente en momentos de especial necesidad.

El educador en la fe de los preadolescentes de hoy, de este momento y sociedad, es invitado y urgido a seguir las líneas de la pedagogía divina. La decisión y la postura costará menos si se siente enviado y si está convencido de que su tarea consiste en ser *fiel a Dios y fiel a los preadolescentes*.

b) Creación de una relación liberadora

1. *En el grupo*. El estilo de relación por el cual apostamos es aquél que permite a los miembros del grupo ser actores principales de su propia educación en el contexto histórico en el que viven. Se trata de una *educación en la fe liberadora*, de promoción humana dentro del plan de Dios (EN, n.º 30-39). Esta catequesis liberadora requiere en el grupo una *relación liberadora*; lo cual supone al educador:

- *Invitar constantemente a la acción*. Hay que motivar a los preadolescentes a que descubran las cosas por sí mismos, a que desarrollen sus aptitudes y capacidades, a que creen formas originales individuales y grupales de expresión de la fe, en relación con sus aspiraciones y contexto histórico. Hay que ayudar a que pierdan el miedo y gusten el gozo de la comunicación.
- *Estar al lado de cada preadolescente y atento a cada uno*. El educador en la fe ha de ser un hombre disponible a compartir la vida y alentará a aceptar los fallos (no condenará).
- *Ser él mismo*. En su actuación debe ofrecer la imagen de un educador en la fe *con conciencia de su identidad*.

«Es alguien diferente; un adulto, y *adulto en la fe*, que cumple una misión específica: crear situaciones de libertad, de expresión, de clarificación, de responsabilidad hacia otros» (10).

Cuando el educador en la fe aparece *identificado*, tiene sentido su presencia en el grupo y provoca en los preadolescente confianza, bienestar interior y estímulo para la creatividad.

2. *En el catequista*. Sólo cuando uno está liberado crea relación libe-

(10) *Ibidem*, p. 483.

radora. Entendemos por estar liberado: *transparentar* alegría y ganas de vivir; *ser exigente y comprensivo* con sus propias limitaciones; exteriorizar cierta flexibilidad de criterios y juicios de valor; mantener una *equilibrada relativización* del valor-déficit de las acciones propias y de los demás; *aceptar* el propio sexo y ser poseedor de un cierto grado de madurez como hombre o mujer (11).

Esta relación liberadora exige, *en el campo de la fe, aceptar* el nivel de maduración cristiana personal (ni rebajar ni dar saltos) y *manifestar* tal apertura al grupo que se deje interpelar por lo que el Espíritu le pida a través del grupo.

4. Actitudes básicas del educador en la fe de preadolescentes

Conocido el preadolescente, visto el mundo en el que tiene que vivir, nos parece que el educador en la fe de esta edad ha de poseer algunas actitudes básicas, que son importantes y decisivas.

a) *Confiar en las personas*

Quien confía en serio, y esto lo intuyen, *reconoce* los valores personales del preadolescente, aunque estén muy envueltos por los defectos.

La confianza no se dice, se manifiesta. El educador en la fe la expresará como un *apoyo especial* en los momentos críticos (son muy sensibles) y con el *estímulo* favorecedor del desarrollo de esos valores:

«La avidez por descubrir, la capacidad de iniciativa, el ejercicio controlado de la agresividad, el sentido crítico, el deseo de insertarse en el mundo y cambiarlo, su necesidad de comunicarse...» (12).

El educador en la fe detecta, desde la fe, en estos valores del preadolescente la invitación del Espíritu a colaborar en la realización de la *vocación*, como cristianos y como ciudadanos del mundo.

b) *Respetar a las personas*

En nuestra sociedad el «comer el coco» está a la orden del día. El educador en la fe no puede caer en ese juego; debe huir de la *manipulación* de las personas, de la *imposición* de saberes, maneras de ver, cri-

(11) *Ibidem*, p. 484.

(12) *Ibidem*, p. 485.

terios de actuar, que se suelen justificar con el «es por su bien», «aún no son capaces de comprender y distinguir», «es una ayuda totalmente desinteresada». La experiencia nos ha ido diciendo y confirmando que la educación en la fe es algo gratuito, algo que ofrecemos y se acepta en libertad.

El educador en la fe acepta al otro como es; no cae en lo fácil de juzgar y condenar; evita las etiquetas definitivas; cree en el poder salvador que Cristo ofrece a cada persona.

Optar por una atención personalizada es situarse muy lejos de posturas violentadoras de la intimidad de los otros. La intimidad es tan sagrada que merece el máximo respeto y nadie ni nunca puede atentar contra ella.

La pedagogía de Jesús ha de ser siempre *significativa* para el educador cristiano; ha de ser *el punto obligado de referencia*. Cristo invita a relacionarse con los preadolescentes con las actitudes de interés, aceptación y respeto propios de la pedagogía empleada por Dios con su Pueblo y de Jesús con sus Apóstoles y discípulos (LC 15, 11-32).

c) *Crear un clima facilitador de la comunicación*

El grupo avanzará cuando los miembros se sientan a gusto y experimenten libertad para expresar su intimidad, su mundo interior, sus ideas, sentimientos, proyectos, dudas e interrogantes; en una palabra: lo que son y lo que viven.

«Por eso es necesario *tomarlos en serio*, valorar sus experiencias aunque parezcan ambiguas o excesivamente sencillas, interesarse por el *hombre entero*, que está hecho de aspiraciones y rechazos, planes y luchas interiores, optimismo y decaimiento, claridades y tinieblas, generosidades y apatías, fidelidad a la propia conciencia y abandonos culpables» (13).

Este preadolescente es capaz de dialogar y madurar en grupo si el educador en la fe logra crear un clima de comunicación, sinceridad, pequeños detalles, que indiquen la importancia de cada uno para él. Un educador así no tiene miedo a «perder el tiempo» escuchando y compartiendo.

d) *Ser testigo de la fe*

Esta actitud es clave. El educador en la fe *es un hombre de experiencia de fe*, capaz de comunicarla y compartirla en el grupo. Estamos conven-

(13) *Ibidem*, p. 486.

cidos que se educa por la presencia. Presencia que, en este caso, debe ser llamada constante a saborear la experiencia de fe, a encontrarse individual y comunitariamente con el Señor.

«En muchas ocasiones, el compromiso del educador de preadolescentes consistirá en favorecer el paso de una catequesis centrada en la vertiente intelectual de la fe a una catequesis que ponga en primer plano la fe de su aspecto de experiencia religiosa» (14).

Todo lo dicho se convierte en posible, si la persona del educador en la fe, si su testimonio de fe, son un mensaje vivo, posible de experimentar y traducir en la vida propia.

En un clima comunitario el preadolescente crece como creyente, se siente y es protagonista de su propia maduración cristiana, aunque no está solo y se ve acompañado en su caminar por otros adultos en la fe y por unos compañeros que caminan con él.

II. EL EDUCADOR EN LA FE ACTUA CON UN ESTILO DEFINIDO

El educador en la fe debe saber que *los preadolescente desean ser elementos activos*, que desean participar efectivamente, porque así ponen en juego su necesidad de actuar, ensayan sus nuevas facultades y se revelan así mismos.

El educador en la fe debe *prevenir estas necesidades y deseos* y dirigirlos hacia formas más maduras y cristianas ayudándoles a superar un interés superficial y lo que hay de subjetivo y pasajero en su interés hasta descubrir que el acto de fe no es algo momentáneo.

Al educar en la fe *no puede despreciarse lo que es fruto de la infancia*. Es fácil rechazar o ridiculizar los aspectos infantiles de la fe y la actitud religiosa del preadolescente.

La educación en la fe *debe hacerse bajo la forma de una llamada*. Esta llamada es más que simples palabras. El preadolescente se ve arrastrado por la vía encarnada en las personas, en el grupo.

La relación educador en la fe-preadolescente es esencial. Relación que llevará unida siempre la autoridad, imprescindible para proporcionar al adolescente la seguridad que necesita y la confianza que busca.

(14) *Ibidem*, p. 486.

Nos parece grave la dimisión de ciertos educadores invocando el respeto a su libertad incipiente.

Esta autoridad no es la de alguien que siempre tiene razón. Es la autoridad que se respeta, porque se justifica; es la autoridad del adulto que ha adquirido una experiencia atravesando las mismas dificultades que las del preadolescente, que admite sus dudas (las del preadolescente y las propias), que sabe animar sin tratar con dureza.

El educador en la fe *es el signo de Dios para aquél a quien educa*. Ni las palabras ni las acciones pueden suplir el testimonio que debe dar con todo su ser.

Queramos o no, *el adulto frecuentado por el preadolescente tiende a convertirse en su modelo*. A él refiere todo: «me ha dicho», «él hace así», «él...». El preadolescente cree en valores asequibles y actualizados en testigos presentes en sus vidas. *El preadolescente acepta al adulto, si ve en él a un igual.*

El preadolescente observa con atención la vida de los que ama. Se da perfecta cuenta de *cómo viven y cómo influye* en ellos la religión; si lo suyo es ritualismo mágico o expresión de interioridad; si hay desfase entre lo que practica y lo que vive. *Ahí aprende de qué sirve ser cristiano.*

En la preadolescencia lo que más determina es la influencia de quienes rodean al preadolescente en la escuela y en el tiempo libre. Es ahí donde busca, de manera espontánea, sus modelos

Los preadolescentes exigirán de su educador en la fe: *proximidad* (acoge sus aspiraciones e ideas), *dinamismo* (habla con fuego y con amor), *prestigio* (apoya y favorece la apertura), *seguridad, solidez*: el preadolescente necesita continuidad en la orientación y firmeza de las exigencias; es serio, interiormente seguro y firme y, al mismo tiempo, aparece suave, amable, disponible.

El educador en la fe *enseña a mirar* el mundo, la vida, el amor, las personas, *con mirada limpia.*

El educador en la fe *evita humillaciones* que crean sentimientos permanentes de rencor. Es preferible hablar en privado. El prestigio, las sugerencias breves que le animen, alabar lo bueno que hacen, es la medicina más eficaz. Proceder con mucha flexibilidad.

El educador en la fe *no tiene derecho a aburrir*; es *comprensivo*: débil y fuerte; *saber esperar* (la ironía les cierra).

«Es una edad ingrata: se encuentra a disgusto, desgraciado incomprometido.

Detesta todo y a todos.

Es inestable. Es irritable.

Por eso es preciso ayudarlo, no sobrecargarlo, comprenderlo, no condenarlo» (15).

Es muy importante que la persona del educador en la fe procure: tener personalidad, ser equilibrado y maduro, demostrar con hechos que toma en serio al preadolescente, que pertenece a su mundo, siendo adulto (de otra manera hace el ridículo más solemne), capaz de reconocer que se equivoca, aporta seguridad, acepta la pluralidad de educadores, tiene y transmite serenidad.

El ser comprensivo y cercano no equivale a ser blando. Al preadolescente, si le exigen razonablemente y como amigo, no le desagrada. El preadolescente trata de complacer y corresponder a la confianza depositada en él; sentirá profundamente «fallar» a quien lo aprecia.

El educador en la fe conoce y comprende, facilita la independencia y sus secretos (su intimidad); se retira prudentemente, pero sigue a su lado por si es necesaria su presencia; demuestra de verdad que confía en él y así fortalece la seguridad en sí mismo; satisface su interés sexual con naturalidad, sinceridad y respeto.

El educador en la fe sabe que es el momento de razonar, de conversar y de no responder a sus impertinencias con golpes, insultos, desprecios e ironías. Para ello hay que tener sentido del humor, seguridad interior, dominio de sí, mentalidad amplia, respeto, tacto, cariño.

«Sólo educan en cristiano los que, siendo *adultos* como personas y como creyentes, entran en relación educativa con los catequizandos y son para ellos —en un grado aceptable— testigos en su vida de los valores evangélicos y *sus modelos cristianos de identificación*» (16).

III. METAS A CONSEGUIR CON LOS PREADOLESCENTES

Algunas metas a conseguir con los preadolescentes en la educación en la fe:

1. Sistematización de las nociones religiosas

Una síntesis más orgánica, adaptada a su mentalidad, que podría abarcar:

(15) MONTERO VIVES, *o. c.*, p. 194.

(16) PEDROSA, Vicente, *o. c.*, p. 139.

- síntesis histórico doctrinal;
- síntesis sacramental;
- síntesis vital-personal.

Se trata de que el preadolescente *sepa explicar y defender las propias convicciones religiosas* en un ambiente social indiferente, incrédulo, problemático; que participe en la vida y tareas de la comunidad.

Ayudarle a *formar una conciencia recta y sensible*, invitar a una moralidad dinámicamente positiva, centrada en la responsabilidad, la caridad, la sinceridad y el compromiso personal; insertar la conducta moral en la personalidad total; habituar a la lucha, motivada por el creciente sentido social; cuidar el sentimiento, componente de su psicología (17).

2. Toma de conciencia profundizada y motivada de la realidad

Se trata de redescubrir, de modo nuevo y personal, un concepto de sí, del mundo, de los tros con Dios dentro de forma individual y comunitaria.

Integración, en la síntesis religiosa, de los valores cristianos, a veces sólo implícitos, existentes en el mundo que el preadolescente descubre con entusiasmo como suyo.

La primera sistematización es punto de partida para el proceso de interiorización de los valores y de su subordinación a algunos valores centrales.

La síntesis ha de hacerse en torno a un centro vivo, bien asimilado y operante. El preadolescente tiene necesidad de modelos vivientes. Recordar que el centro vivo de la fe es Cristo Jesús. Partiendo de la persona histórica de Cristo referirse a su presencia operante en la vida; o partiendo de los problemas de su edad iluminar la vida con la fe para facilitar la integración fe-vida.

3. Hacer personal la participación litúrgica y la vida de oración

La educación en la fe de los preadolescentes debe dar motivos de vida e iniciar a la vida eclesial con participación en las celebraciones litúrgicas, en el sacramento de la penitencia y en la eucaristía (18).

Educación en la oración sabiendo crear ocasiones de oración, de recepción de los sacramentos, de la celebración de la vida individual y grupal.

(17) VARIOS: *educar*, vol. 3, pp. 502-507; citado por SAN MARTÍN, José A.: *Preadolescentes*, pp. 115-116.

(18) GIANNETTO GIANNATELLI, o. c., p. 425.

4. Celebraciones no litúrgicas

Las celebraciones no litúrgicas han de caracterizarse por la flexibilidad y la creatividad.

Estas celebraciones pueden recoger: la vivencia comunitaria, el agradecimiento, la acogida de los demás en la atención y escucha de sus problemas, el gozo de construir la paz, la alegría de compartir, la experiencia de comunicarse con gestos y acciones simbólicas, la solidaridad en el dolor y en la denuncia de situaciones injustas, la esperanza en las circunstancias-límite, el conceder el perdón al enemigo, el dolor íntimo de ser infiel a la propia conciencia, etc... (19).

Pueden hacerse celebraciones para descubrir vivencialmente el significado de los «signos de la liturgia»: la Biblia, la luz, el pan, el aceite, el agua, el cirio, el templo, la imposición de manos, el canto, el reunirse, la unción con óleo, el levantar las manos, la proclamación de la Palabra, etc... (20).

Se pueden aprovechar estas celebraciones para enriquecer viejos «símbolos» litúrgicos con nuevos signos de hoy: el darse la mano en señal de paz, los aplausos como símbolo de alegría compartida, los posters, los dibujos, pinturas, murales, el cartel, el montaje audiovisual, la poesía, la canción moderna, la expresión corporal, la dramatización, etc... Todas se adaptan a la situación psicológica de la preadolescencia (21).

5. Las celebraciones litúrgicas

El preadolescente siente alergia a la manera infantil de celebrar los sacramentos. El educador en la fe no debe claudicar. Los preadolescentes pueden llegar a tener una experiencia seria, con expresiones adaptadas, de las celebraciones litúrgicas, en concreto de la Reconciliación y de la Eucaristía.

Debería llegarse a una *liturgia diferencial*. El ideal es que los muchachos y muchachas de 11-14 años participen en las celebraciones de la comunidad cristiana, pero teniendo presente que:

«Los preadolescentes necesitan ser con frecuencia *miembros activos* en las celebraciones sacramentales realizadas en el *seno de su propia comunidad preadolescente*, con la participación de algunos adultos, en concreto de sus propios educadores en la fe —catequistas, maestros, monitores...— y de algunos padres» (22).

(19) VARIOS: *Con vosotros está, o. c.*, p. 425.

(20) *Ibidem*, p. 426.

(21) *Ibidem*, p. 426.

(22) *Ibidem*, p. 427.

El problema es *conciliar la pertenencia a la Iglesia y al mundo*. La educación en la fe debe hacer que el preadolescente *se integre en la vida del mundo* (familia, escuela, grupo, tiempo libre, etc.) convencido de ser portador de un Dios que salva a cada hombre. Así la presencia del preadolescente no es anónima y sin compromiso; es la respuesta y el compromiso total con el espíritu de Jesús: amor, atención, apertura, fidelidad, encarnación.

La educación en la fe debe ser *el estímulo que haga reflexionar y madurar*; que a través de ella el preadolescente ocupe su puesto, de acuerdo con las posibilidades de su edad, en la familia, en la sociedad, en la Iglesia. Necesita comprender y experimentar que Dios es de casa, que la Iglesia es algo vivo y operante

«El hecho de centrar la catequesis de preadolescentes en el descubrimiento de la Iglesia *permite afrontar más a fondo este difícil proceso* que, si no es iniciado a su debido tiempo hacia una solución positiva, tendrá consecuencias desastrosas para toda la vida» (23).

6. Integración, fe y vida

Integrar fe-vida exige ayudar al preadolescente a formarse un modo constante de actuar encarnando la fe en la vida y poniéndola en el centro de su personalidad en construcción. ¿Qué supone esta meta?

Una *revisión crítica de los valores y una elección personal*. La vida social actual no está de acuerdo con la fe; hay necesidad de someter los valores que la vida presenta y la familia y el ambiente transmiten, a veces inconscientemente, a una revisión crítica a la luz de la fe.

La vida, en lo profundo, está en línea con la fe (por eso el optimismo cristiano hacia los valores humanos); cierta sociedad quiere mantenernos en la superficie, en la no reflexión, en la no profundidad. Ser cristiano es la respuesta a una invitación. Por tanto, es fruto de una deliberación personal.

«El chico debe darse cuenta que *puede escoger*, que no está predeterminado, ni siquiera por el bautismo o por los sacramentos recibidos, sino que éstos tienen un valor solamente en que él *dice sí*, un sí que después repetirá y renovará durante la vida, de modo cada vez más consciente y profundo» (24).

Habría que lograr un *comportamiento coherente y responsable*. El moralismo y el legalismo del preadolescente se verá superado mostrando que la religión no es un medio para resolver los problemas morales y que los mandamientos consisten en seguir a una persona.

(23) GIANNETTO-GIANNATELLI, o. c., p. 133.

(24) *Ibidem*, p. 138.

La educación en la fe debe llevar a elegir a Cristo como modelo de vida. Para lo cual la catequesis moral debe ser propuesta en clave positiva y así asumir una función liberadora de temores, dudas, escrúpulos propios de las incertidumbres y tensiones de esta edad. El chico se siente más atraído por colaborar con Cristo, por agradecerle (25).

Si la preadolescencia es una edad inquieta, insegura, inclinada al desaliento, llena de responsabilidad y grandes deseos, la educación en la fe debe ayudar a que los preadolescentes tengan *esperanza y confianza en la vida que se abre ante ellos*; el preadolescente, a partir de diversas experiencias, ha de llegar a convencerse de que la vida cristiana es humanamente bella y posible y que *vale la pena ser cristiano*.

La educación en la fe conviene *se dé en grupo*.

«Es verdad que los grupos son inestables, no obstante es de capital importancia que el preadolescente no se sienta solo, sino que encuentre en el grupo motivo y fuente de seguridad: reflexionar juntos sobre los hechos de la vida, admirar juntos a los cristianos modelos crea, poco a poco, el —nosotros cristianos—, que infunde seguridad y ánimo» (26).

7. Educación de la fe en grupo

El grupo adquiere cada vez mayor importancia. Si los grupos están muy configurados y tienen un ambiente muy opuesto al de los adultos, no será posible la educación en la fe.

El grupo necesita un adulto. No hay peor cosa que un grupo abandonado a sí mismo. Si cada preadolescente lleva en sí una ambigüedad esencial, el conjunto no podrá presentar ningún lazo de cohesión lo bastante sólido como para lograr una unidad duradera. Tan sólo un elemento exterior conseguirá lograr una armonía suficiente. Deberá ser una personalidad adulta capaz de tratar, como a niños, a los que atraviesan unas fases de postinfantilismo y, como a adolescentes, a quienes atraviesan un período de preadolescencia.

La *acción apostólica* es un *medio complementario e indispensable* de educación en la fe para preadolescentes (27).

Conviene iniciar hacia un proyecto de vida propios construidos en colaboración con Dios:

(25) *Ibidem*, p. 138-139.

(26) COLOMB, J., *Manual de catequética. Al servicio del evangelio*; citado por GIANNETTO-GIANNATELLI, o. c., p. 140.

(27) BESTARD, o. c., p. 70.

«La catequesis... debe preparar a los preadolescentes a estas primeras orientaciones vocacionales, presentando el cristianismo... como proyecto de vida, asunción de una responsabilidad propia en el mundo, compromiso de alianza con Dios y colaboración con El para edificar su Reino de paz, de libertad y de justicia actuante» (28).

Terminamos. Si queremos evangelizar al hombre concreto del mundo de hoy, y por lo mismo al preadolescente, hemos de tener en cuenta a ese preadolescente y esa sociedad caracterizada por el cambio cultural, la técnica, el consumo, la movilidad, la incomunicación, la secularización, el pluralismo, la tolerancia.

El educador en la fe a la hora de transmitirla o profundizarla no puede dejar de hacerse algunas preguntas: ¿Cómo vive el preadolescente de hoy? ¿Qué historia tiene detrás? ¿De qué cultura es hijo? ¿Qué condicionamientos tiene? ¿Qué modelos de referencia? ¿Qué escala de valores y quién la «fabrica» e impone? ¿Cuáles son sus problemas, preocupaciones, aspiraciones y proyectos?

En toda educación de fe son precisos ciertos criterios:

- *Realismo sociológico*: Sin él corremos el peligro de servir al mucho del pasado o al preadolescente en abstracto, prefabricado por nuestra imaginación o por los libros. Podemos dar respuestas a preguntas que nadie hace, que nadie se hace y que nadie nos hace.
- *Abrir caminos juntos hacia una Iglesia* (29), que sea sacramento de liberación integral para este mundo; que presente el seguimiento de Jesús en amor y libertad; que sea acogedora de libertad donde el preadolescente pueda encontrarse con los otros y realizarse como persona creyente por el diálogo y la oración; que proclame que la persona es un fin a respetar y no un medio a utilizar; que confíe en la fuerza en la eficacia humanizador del Evangelio que predica; que viva con seriedad el valor de la *autenticidad* en una sociedad carcomida por la mentira, la hipocresía, la superficialidad y el valor del *compartir* en un mundo materialista que se arrodilla ante los dioses del dinero, del poder, de la comodidad; que promueva el valor de la *creatividad* en una sociedad cada vez más adormecida en la monotonía y la rutina, el valor de la *alegría* ante tanta gente «quemada», resentida, que no encuentra sentido a la vida; que sienta el *compromiso* de luchar contra el hambre, al analfabetismo, las desigualdades sociales, el paro, la violencia, el terrorismo; que predique la cruz desde una actitud de *aprecio a la vida y a la fiesta* y haga lo posible para que la fraternidad universal no sea una palabra vacía; que sea capaz de no apoyarse en el poder económico, político,

(28) GIANNETTO-GIANNATELLI, o. c., p. 141.

(29) BESTARD, o. c., pp. 144-148.

en privilegios sociales y acepte ser la comunidad de creyentes en Jesús, personas liberadas y liberadoras; que optando por la pobreza y sencillez evangélicas se ponga al lado, preferentemente, de los marginados y sea eficazmente solidaria; que busque un lenguaje nuevo, adecuado, inteligible para el preadolescente actual; que sepa presentar un nuevo estilo de vida cristiana: *un estilo adulto*, encarnado y comprometido, fiel al Evangelio y al preadolescente; que, en una sociedad pluralista y secularizada, cambiante y móvil, esté abierta al diálogo, a la autocrítica; que opte por una educación en la fe clara, racional e incisiva, en función de la realidad circundante, de la personalización, de la transformación de los ambientes; que se encarne en el pueblo, conozca y promueva su historia, cultura y lengua; que asuma la identidad y valores de este pueblo; que sea crítica con los contravalores; que sea signo de esperanza y alegría en un tiempo en que el desánimo, el aburrimiento, la monotonía, la rutina campean a sus anchas hasta crear un ambiente asfixiante; que haga el esfuerzo de leer a profundas inquietudes que anidan en corazón del preadolescente, aunque parezca «atontado», «aturdido» por la alienación del consumo; que sepa descubrir al preadolescente el sentido y la plenitud de la vida; que celebre en los sacramentos, de forma especial en la Eucaristía, el gozo de su fe en Jesús muerto y resucitado.

Mientras escribíamos los rasgos de la Iglesia de Jesús, teníamos presentes los objetivos propuestos al principio del trabajo y pensábamos: *Con una Iglesia así la educación en la fe de los preadolescentes se respiraría en todos lados.* ¡Qué bonitos son los sueños!

Entre los sueños y la realidad hay abismos profundos; esperamos haber colaborado, aunque sea una aportación insignificante, a ir salvando el abismo entre *educación en la fe del preadolescente y sociedad secular.* ¡Valía la pena intentar hacer algo por *conocer mejor para servir mejor* a los preadolescentes que decidan aceptarme en la construcción de su proyecto como persona creyente! Los dos saldremos enriquecidos.